

Éstos, en su retirada, incendiaron las mejores y más hermosas casas de Ixtapalapan, haciendo lo mismo por sus rumbos Alvarado y Olid.

Los tlaxcaltecas en estas jornadas mostraron un valor extraordinario, y merecieron los mejores elogios de los españoles.

Las fuerzas de Cortés engrosaban momento por momento con nuevos aliados que él acogía muy benignamente.

Los de Texcoco, los de Xochimilco y los otomites le facilitaron sobre 70,000 hombres.

Para completar Cortés su plan de asedio, le faltaba establecer de un modo activo las hostilidades por agua. A este efecto, dispuso que seis bergantines entre Tacuba y Tepeyac sostuvieran la interceptación, auxiliando á Alvarado y á Sandoval, y los otros surcaron el lago en todas direcciones, apresando y echando á pique las barcas que llevaban auxilios á los mexicanos.

Cortés, después de las determinaciones anteriores, siempre en combinaciones con sus capitanes, hizo una nueva entrada en la ciudad, repitiendo muchos combates parciales, en fosos y trincheras reparados totalmente con actividad increíble por los mexicanos.

Los sitiadores penetraron, aunque con esfuerzos inauditos, hasta la plaza mayor: allí pegaron fuego á algunos templos y casas notables, entre las que se cuenta el magnífico palacio de Axayacatl, donde en otro tiempo, como sabemos, se habían alojado los españoles, y la casa de pájaros de Moctezuma.

Los españoles se retiraron después de ejecutar estas atrocidades; dejando honda impresión en los mexicanos, más que la barbarie de las hostilidades, la mofa y el escarnio de que hicieron ostentación los aliados de Cortés.

LECCION DECIMATERCERA.

Varios ataques sin éxito á la ciudad.—Auxilios á Cortés.—Incendios.—Alvarado embiste á Tlaltelolco.—Heroismo de Tzilacatzin.—Perfidia de los xochimilcas.—Su castigo.—Matanza de españoles en Tlaltelolco.—Celebran los indios sus victorias.

Sin dar tiempo Cortés á que los sitiados reparasen sus fuerzas ni saliesen á reedificar sus trincheras, acometió al siguiente día, pero los sitiados opusieron tal resistencia, que sólo después de cinco horas de porfiado combate se pudieron apoderar de algunos fosos.

Sandoval y Alvarado á la vez emprendían obstinados ataques, de suerte que los sitiados mantenían la lid con tres ejércitos á un tiempo, todos ellos numerosos y con la superioridad inmensa de las armas, los caballos, los bergantines y la táctica de los españoles.

Alvarado por su parte, había arruinado todas las casas de los lados del camino de Tlacopan, que unían á este punto con la capital, según afirman veraces historiadores.

Cortés hubiera deseado evitar á sus tropas las fatigas y peligros de las entradas de la capital, situándose en el punto conquistado de ella misma, pero la inseguridad era mucha y no quería sacrificar á las otras guarniciones, á las que podían desde Xolotl auxiliar.

Entretanto, mermaban los elementos de los sitiados; los sitiadores engrosaban sus filas, verificándose alianzas de algunas ciudades del lago con los españoles.

Los nobles de Ixtapalapan, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochtli, Misquie y Cuitlahuac, entraron en esa confederación, obligándoles Cortés á que facilitasen víveres y materiales para defender á sus tropas de la intemperie.

En vista de tan poderosos auxilios, calculó Cortés que sólo el número inmenso de sus tropas haría sucumbir á los mexicanos,

pero se engañó en sus cálculos, porque los mexicanos estaban resueltos á perder ántes la vida que la libertad.

Determinó seguir haciendo sus entradas hasta obligar á los sitiados á pedir la paz.

Dividió sus embarcaciones en dos secciones, con órdenes de que hostilizasen de cerca las casas pegándoles fuego y haciéndoles el daño posible.

Dió Cortés órdenes á Alvarado y Sandoval para que incendiaran y arruinaran cuanto encontraran en sus puntos, y él con 80,000 aliados tomó el camino de Ixtapalapan, sembrando á su paso la muerte y los horrores, sin lograr ponerse en contacto con Alvarado, que fué su principal intento, por la parte interior de la ciudad.

Alvarado, en posesion del camino de Tlacopan, dirigió sus fuerzas contra los de Tlaltelolco, residencia del rey Cuauhtemotzin; por allí la resistencia fué tan heroica, que aunque se renovaban momento por momento los combates, no pudo avanzar una línea el conquistador.

En uno de los primeros combates apareció un hombre alto, membrudo, agilísimo como el viento y disfrazado de otomí con su ixcahuepilli de algodón y sin otras armas que su escudo y tres piedras.

Éste se desprendió de los suyos, se lanzó casi al centro de las fuerzas sitiadoras y disparó sus piedras con tal tino y pujanza, que mató á un español con cada piedra, causando universal asombro. Empleáronse muchos indios para aprehender á aquel atleta, pero éste aniquilaba cuanto se le oponía, renovando sus agresiones, en cada vez con trajes diferentes. El nombre de este célebre tlaltelolco era Tzilacatzin.

Alvarado, alentado con algunos pequeños triunfos, intentó penetrar hasta la plaza de Tlaltelolco, salvando los fosos, pero sin cegarlos luego como practicaba Cortés. Los mexicanos, advirtiendo tal descuido, cayeron sobre los españoles y sus aliados, haciéndoles una matanza horrorosa y tomando cuatro españoles, que sacrificaron inmediatamente en medio de los gritos y demostraciones de triunfo.

En estos dias, las tropas de Xochimilco y Cuitlahuac, como hemos dicho, aliados de Cortés, enviaron secretamente embajadores á Cuauhtemotzin, protestándole obediencia, quejándose de los españoles y ofreciendo al monarca sus servicios, con la páfida intencion de traicionarle. Cuauhtemotzin creyó de buena fe las ofertas, les señaló punto para combatir y les facilitó el paso. Pero luego que los xochimilcas y los de Cuitlahuac se vieron en la ciudad, se entregaron al saqueo matando mexicanos é incendiando sus casas.

Los mexicanos, en vista de tan negra perfidia, se lanzaron contra ellos con tal furor, que la mayor parte de los traidores pagaron con la vida su infamia, y los que quedaron vivos fueron sacrificados por órden del rey.

Habiendo durado veinte dias el combate sin éxito decisivo, con inmensas pérdidas por todas partes, en medio de cadáveres, de escombros y de espantos, la fatiga y la desesperacion sugirieron á los españoles la idea de instar á Cortés á que diera un golpe decisivo á los mexicanos con todas sus fuerzas, aprovechando la circunstancia de estar en Tlaltelolco el grueso de las tropas mexicanas, de suerte que apoderarse de ese punto seria conseguir una victoria definitiva.

Cortés, aunque con gran repugnancia, cedió á tales instigaciones y dió las disposiciones para hacer practicable el intento de apoderarse de Tlaltelolco.

Por las tres calzadas que á aquella plaza conducian, envió expediciones formidables, y él se reservó la calzada más estrecha y riesgosa.

Penetraron las fuerzas combinadas en número formidable casi al centro de la plaza; los mexicanos hacian resistencia y fingian retirarse acobardados; los españoles, con estos fáciles triunfos, renovaban su brío, dejando tras de sí los fosos mal cegados, y uno principalmente, profundísimo y de elevados bordes, apenas cubierto con débiles ramas.

Ya en el centro del pueblo los españoles y sus aliados, oyeron la aguda y disonante trompeta del dios Paynalton, que sólo era tocada en circunstancias extremas por sus sacerdotes. Entónces

brotaron por todas partes como furias los mexicanos, arremetiendo contra los españoles: quieren éstos resistir, pero son envueltos y destrozados; pretenden retirarse, pero el ramaje que cubria los fosos cede, sepultando caballos y caballeros entre nubes de flechas: en desorden y próximos todos á perecer, nadando medio ahogados, tendiendo los brazos sin esperanza, los encontró Cortés y se dedicó á salvarlos haciendo prodigios de valor, pero cuando más empeñado estaba en esta tarea, se vió rodeado por todas partes y arrebatado como por un torrente por la multitud. Infaliblemente Cortés hubiera perecido en tan duro trance si los mexicanos hubieran querido matarlo y no conservarlo para sacrificarlo despues con solemnidad á sus dioses.

Cristóbal de Olid, hombre de gran valor, que ya en otras veces habia salvado la vida á Cortés, viéndole en tal conflicto, se lanzó donde estaba, trozó de un tajo el brazo del mexicano que lo conducia, y lo salvó al fin á costa de su propia existencia.

Contribuyeron tambien á su salvacion Ixtlilxochitl y un valiente tlaxcalteca llamado Temacatzin.

Llegaron los españoles derrotados y en completa desmoralizacion al camino de Tlacopan, donde Cortés les alentaba protegiéndoles con su caballería; pero la persecucion de los mexicanos era tal, que parecia imposible que uno solo de los españoles quedase vivo.

Los que habian entrado por los otros caminos, como fueron más diligentes en cegar los fosos, se salvaron con menores pérdidas.

En tal situacion los sitiadores, vieron desprenderse de las alturas del templo mayor nubes de humo de copal ofrecido á los dioses por la victoria obtenida, y creció y se hizo más honda su pena cuando los vencedores, para desanimar á sus enemigos, les arrojaron las cabezas de algunos españoles y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado y Sandoval. Éstos se encaminaron por Ixtapalapan á su campamento, hostigados sin cesar por los mexicanos.

Cuando llegaron á Tlaltelolco supieron el desastre y retrocedieron venciendo mil dificultades.

La pérdida que tuvieron los sitiadores en esa memorable jornada, fué de siete caballos, muchas armas y barcas, un cañon, más de mil aliados y más de sesenta españoles. Cortés fué herido en una pierna, y apenas hubo uno de los sitiadores que no quedase maltratado.

Los mexicanos celebraron, durante ocho dias, tan señalada victoria con toda clase de regocijos, enterrando sus cadáveres y honrando á los valientes: abrieron nuevos fosos, repararon sus trincheras y mandaron á las provincias más lejanas la noticia, haciendo conducir las cabezas de los españoles como testimonio inequívoco de su triunfo.

LECCION DECIMACUARTA.

Las luchas del asedio de México se encarnizan.—Infructuosas tentativas de Cortés para la paz.—Los tlaxcaltecas atacan á los mexicanos.—Nuevos auxilios á Cortés.—Estrecha el sitio.—El 21 de Julio.—Avances de Cortés.—Incendio del gran templo.

Mientras convalecian los españoles de sus desgracias y curaban sus heridos, no descuidaron el asedio en la interceptacion de víveres, poniendo en la mayor actividad los bergantines.

Los mexicanos quisieron inutilizar esos medios poderosos de actividad y construyeron treinta canoas grandes ó piraguas, desde donde combatir más cómodamente por agua; al mismo tiempo sembraron ciertas partes del lago por donde debian pasar los bergantines, de grandes estacas. Así dispuestos, provocaron el combate, haciendo un falso llamamiento á los españoles. Éstos acudieron con ímpetu, empeñándose en la persecucion de las pequeñas barcas que los desafiaban y cayendo en la emboscada en que las estacas les quitaban todo movimiento.

Acometen entónces los mexicanos haciendo grande estrago en los españoles; en lo más apurado del conflicto, varios es-

pañoles, buenos nadadores, arrancan las estacas, y ponen á flote los bergantines no sin grandes pérdidas, entre ellas la de un comandante de los bergantines.

Quisieron los mexicanos repetir la estratagema, pero sabedor de ello Cortés, pagó engaño por engaño, y en el encuentro perecieron todos los mexicanos que le quisieron atacar en las piraguas, con excepcion de algunos nobles que cayeron prisioneros y que mantuvo Cortés en tal estado para procurar negociaciones.

Mandó Cortés un mensajero al rey, haciéndole presente los males que sufría su reino, los estragos del hambre y el forzoso resultado del asedio, anunciando no se renovarían los combates.

Añadía el mensaje que no se pretendía la humillacion de los mexicanos, ni arrebatarles sus creencias y gobierno, sino que se trataba únicamente de que prestasen reconocimiento al rey de España, cosa que apoyaba sus conveniencias y sus respetables tradiciones.

El rey reunió á la nobleza y á los sacerdotes para que deliberasen sobre las proposiciones de Cortés. Hubo algunos nobles que opinaron por la paz en vista de tantos horrores y del mal éxito que había tenido toda la resistencia; pero la generalidad, y especialmente los sacerdotes, movidos por un sentimiento religioso y más por el amor de la independencia, rechazaron toda proposicion, le representaron la iniquidad de toda conquista, se consideraron fuertes con su derecho de defender hasta el último trance sus libertades, y contestaron á Cortés que se defenderían hasta el último trance, desairando su mensaje.

A la vez que se ocupaba Cortés de estas infructuosas tentativas de paz, los malinalcos y los matlazincas atacaron á sus aliados y los amenazaban muy de cerca. No pudo desentenderse Cortés de estos peligros, y envió dos expediciones, una que mandaba Tapia en direccion á Cuaunahuac; la otra, á cuya cabeza se puso Sandoval, á Toluca: ambas expediciones hicieron mil hazañas, que dieron por resultado la sumision de esos pueblos hostiles que se aliaron con otros á Cortés, aislando de todo punto á los mexicanos.

“Tenía, dice Clavijero, aquella desventurada Corte contra sí,

“los españoles y el reino de Acolhuacan, las repúblicas de Tlaxcala, de Huejotzinco y de Cholula, casi todas las ciudades del Valle de México, las numerosas naciones de totonacas, mixtecas, otomés, tlahuicas, cohuixcas, matlazincas y otras, que además de los enemigos extranjeros, más de la mitad del imperio conspiraba por su ruina y la otra mitad lo miraba con indiferencia.”

Viendo los traxcaltecas la inaccion de los españoles y deseando su general Chichimecatl señalarse por notables hazañas, emprendió por sí mismo con sus fuerzas una embestida á los mexicanos.

Distribuyó sus fuerzas de modo que le cubriesen en todo evento la retirada y penetró con los suyos al interior de la ciudad. Sostuvo allí encarnizados combates en que hubo muchos muertos de una y otra parte. Cargaron los mexicanos rabiosos contra sus enemigos, y creían vencerlos totalmente en su persecucion; cuando les salió al encuentro la retaguardia de Chichimecatl; entónces se hizo más desesperado el combate, del que salió airoso el general Chichimecatl, volviendo á su campo cubierto de gloria.

Los mexicanos, heridos en lo más vivo contra los tlaxcaltecas, les acometieron en gran número en el campo mismo de Alvarado: defendiéronse españoles y tlaxcaltecas heroicamente. Advertido Cortés de lo que pasaba, penetró en la ciudad, de suerte que, al regresar perseguidos los mexicanos, se encontraron entre dos fuegos, peleando furibundos y perdiendo muchísima gente, pero sin desmayar un solo instante.

Coincidiendo con estos sucesos, llegaron á Cortés por Veracruz nuevos socorros para continuar el asedio.

No obstante, el príncipe Ixtlilxochitl había aconsejado á Cortés, que sin emprender nuevas hostilidades ni exponer más gente, estrechase el sitio, pues sólo el hambre le daría la victoria más segura, sin destruir los edificios ni que se produjesen más horrores.

Aunque Cortés acogió el consejo con entusiasmo, tanto que abrazó al jóven príncipe y le felicitó por su prudencia, las fuerzas sitiadoras, poco conformes con la inaccion, repelían sus entradas

á la ciudad y hallaban cada vez más obstinados y resueltos á los mexicanos á no dejar las armas hasta que no abandonasen el país los invasores.

Impuesto Cortés con enojo de tal resolución, decidió penetrar en la ciudad, pero sin dar un solo paso sin destruir ántes todos los edificios que se hallasen á su tránsito, cegando los fosos, y estrechando así el sitio con mayores seguridades.

Hizo nuevas entradas con sus españoles y con sus aliados, apoyados por los bergantines en estos encuentros, que fueron muy encarnizados: la suerte de los sitiados y sitiadores fué muy varia, encontrándose á veces comprometida la vida del mismo Cortés, y una de ellas expuestos los bergantines á perecer por el gran número de canoas que los atacaron.

Hiciéronse célebres en estos ataques algunas mujeres que acompañaban á las fuerzas españolas, armándose, haciendo guardias y peleando como los más valerosos soldados. Llamábanse estas mujeres María Estrada, Beatriz Bermúdez, Juana Martínez, Isabel Rodríguez y Beatriz Palacios.

El 21 de Julio se hizo una grande entrada á la ciudad, arruinando muchos edificios, entre otros el magnífico palacio de Cuauhtemotzin, y dando por resultado la ansiada comunicacion del campo de Cortés con el de Alvarado.

Este empuje redujo á los mexicanos á las tres cuartas partes de la ciudad.

Por una señora mexicana que cogió Cortés prisionera, supo que los sitiados estaban en el último extremo, que el hambre hacia en ellos estragos espantosos, que la discordia los devoraba, porque el rey, los sacerdotes y la nobleza estaban decididos á morir ántes que ceder, pero no así el pueblo, que se encontraba desanimado y cansado del asedio.

Corfirmadas por otros varios conductos tales noticias, se apresuró á poner término á semejante situacion con la toma de la ciudad.

El mismo 21 se apoderó Cortés de una larga calle cuyas casas destruyó en su totalidad; cuando verificaba tal aniquilamiento, gritaban los sitiados: "Arruinad esas casas, traidores, que pronto

tendréis que reedificarlas;" á lo que contestaban los sitiadores: "Las reedificarémos si somos vencidos; pero si no, vosotros las repararéis para que se alojen vuestros enemigos."

No pudiendo los mexicanos contener tanto estrago, hicieron unas fortificaciones ambulantes de madera para hostilizar desde ellas á los españoles, y sembraron de obstáculos el suelo en todas direcciones para impedir los movimientos de la caballería.

Pero los aliados convirtieron en su provecho aquella estratagemá, llenando los fosos con los escombros y facilitando así los movimientos de los españoles.

Éstos, en su entrada del 26, ganaron dos fosos.

Alvarado empleaba por su parte la mayor actividad en sus operaciones. En medio de repetidos y encarnizados combates, penetró hasta las inmediaciones del palacio de Cuauhtemotzin. De allí tuvo que retroceder entre la persecucion y el incendio.

Observando Cortés por aquella parte una gran humareda, corrió en auxilio de Alvarado, apoderándose de varios puntos importantes, y allí en Tlaltelolco, con indecible júbilo, se reunieron las fuerzas españolas que habian estado separadas desde que comenzó el sitio.

Después de posesionarse Cortés de la plaza con alguna caballería, subió al templo, desde donde pudo distinguir y cerciorarse que sólo le quedaba por tomar una parte de ella. Mandó entonces prender fuego á las hermosas torres del suntuoso templo, en donde, como el de Tenochtitlan, se adoraba al dios de la guerra.

A la vista de aquella hoguera inmensa se oyeron gritos de horror y de espanto..... Conmovido el mismo conquistador, mandó que cesase el incendio y que se hiciesen nuevas proposiciones de paz á los mexicanos.

LECCION DECIMAQUINTA.

Suspension de hostilidades.—Nuevas proposiciones de Cortés, que son rechazadas.—Matanza de doce mil indios.—Sigue horrorosa la carnicería.—Luchas extremas.—El 13 de Agosto de 1521.

En los avances que hacia Cortés, destruyéndolo todo y forzando el sitio, encontraba á ancianos y mujeres que se mantenían de yerbas y de insectos, y niños que pugnaban por arrancar las cortezas de los árboles para comer. En vista de tanta desolación, mandó Cortés suspender toda hostilidad, y se afirmó en su idea cuando, al penetrar en la plaza del mercado, halló mucha gente desarmada y hundida en el más profundo desaliento, atribuyendo la resistencia que se hacia, á sólo los sacerdotes y los nobles.

Aprovechando semejantes circunstancias, hizo nuevas proposiciones de paz, que fueron rechazadas con la mayor energía.

Entonces mandó Cortés á Alvarado que penetrase á sangre y fuego por una gran calle que tenia como mil casas, y el feroz capitán lo hizo con tal ímpetu, y fué tan sin igual su guerra, que se calcula que en ese solo día murieron sobre 12,000 personas.

Los aliados se cebaban en las mujeres y los niños, derramando á torrentes la sangre.

Desde el día siguiente al de esta espantosa carnicería, Cortés apeló á negociaciones que, apenas se intentaban, cuando eran destruidas, y que se renovaban sin fruto alguno, pidiendo los sitiados la muerte entre clamores espantosos, como único bien que deseaban de mano de los españoles.

A Cortés le decían: "Si eres hijo del Sol, como algunos creen, ¿por qué siendo tu padre tan veloz, que en el breve espacio de un día termina su carrera, tardas tú tanto en poner fin á nuestros males con la muerte? Queremos morir para ir al cielo,

"donde nos espera nuestro dios Huitzilopochtli para darnos el reposo de nuestras fatigas, y el premio de nuestros afanes."

Cortés hablaba de paz, enviando al rey vanos mensajes, que siempre fueron rechazados ó eludidos.

El conquistador habia dado orden á los aliados que permaneciesen fuera de la ciudad mientras duraban las conferencias de paz; pero perdida toda esperanza, ordenó que atacasen á un tiempo todos los fuertes y las fortificaciones que defendían la ciudad. Así lo hicieron, preparándose á tomar los fosos principales más de 150,000 hombres reunidos á los del campo de Alvarado, mientras Sandoval con su ejército atacaba la parte Norte de la ciudad.

Aquel día fué el más infausto para los mexicanos; desarmados, exangües, y en el último extremo, peleaban con la mayor bravura, pero con débiles esfuerzos; las casas y los templos ardían, el suelo estaba totalmente cubierto de cadáveres; se oían por todas partes gritos de dolor y alaridos de desesperación.

Los historiadores dicen que los españoles más se ocupaban en contener las tropelías de los aliados que en combatir. Cortés calculó el estrago de aquel día tremendo, en 40,000 mexicanos entre muertos y prisioneros.

La intolerable fetidez de los cadáveres insepultos, obligó á los sitiadores á retirarse de la ciudad; pero el 13 de Agosto renovaron su esfuerzos para tomar Tlaltelolco, último punto que aún conservaban los mexicanos.

La artillería, la caballería, los españoles todos fueron repartidos convenientemente, y cercaron á Tlaltelolco.

Cortés, desde un lugar eminente, hizo señas á los mexicanos, y dirigió la palabra pidiendo que rogasen á su rey accediese á la paz.

Dos nobles se dispusieron á llevar el mensaje, y volvieron acompañados de Cihuacoatl ó supremo magistrado de la corte.

Cortés recibió á este personaje con singulares demostraciones de honor y de amistad; pero éste, con majestad imperturbable, le dijo:

"Ahorraos el trabajo de solicitar entrevistas con mi rey y

“señor Cuauhtemotzin, porque éste está resuelto á morir ántes que ponerse voluntariamente en vuestra presencia. Adoptad las medidas que os parezcan convenientes, y poned en ejecucion vuestros designios.”

Cortés le dió por toda respuesta, que fuese á decir á los suyos que se preparasen á morir.

Entretanto, las mujeres y los niños se habian dirigido á Cortés pidiéndole socorro é implorando compasion. Cortés recibió con benignidad á estos desdichados y mandó que se les pusiera en seguridad entre los españoles; pero éstos y sus aliados inícuos sacrificaron más de 1,500 de los que solicitaban su arrimo y proteccion.

Reducidos á brevísimo espacio los sitiados, los nobles y los militares ocupaban las azoteas.

Cortés dió la señal del ataque, mandando que se disparase con arcabuz.

El encuentro fué espantoso, no quedando un solo palmo de terreno á los sitiados; muchos se arrojaban al agua, y otros se rendian á los vencedores. La gente principal tenia preparadas barcas para escapar llegando este último trance. Cortés, que lo habia previsto, dió órdenes á Sandoval de apoderarse, con los bergantines, del puerto de Tlaltelolco y cortar la salida á todas las barcas que la intentasen.

A pesar de la diligencia de Sandoval, escaparon algunas barcas, y entre ellas las que conducian las personas reales.

Sabida la novedad por Sandoval, dió orden á García Olguin para que persiguiese y se apoderase á toda costa de los fugitivos, lo que ejecutó con la mayor destreza.

En la mayor parte de las piraguas estaban Cuauhtemotzin, rey de México; Tecuitipotzin, la reina su esposa; el rey de Aculhuacan, Coatnacoatzin; el de Tlacopan, Tellepanquetzalitzin, y otros. Al ser aprehendido Cuauhtemotzin, dijo con entereza:

“Soy vuestro prisionero, y no os pido otra cosa sino que traideis á mi esposa y á las damas que la acompañan, con las consideraciones que merecen su sexo y condicion.”

Viendo que Olguin se inquietaba por otras barcas que parecian

huir, le dijo Cuauhtemotzin: “No os inquieteis, que en cuanto los nobles sepan que he caido prisionero, se apresurarán á venir á morir á mi lado.”

Conducidos los prisioneros á la presencia de Cortés, que se hallaba á la sazón en la azotea de una casa de Tlaltelolco, les trató con marcadas consideraciones: Cuauhtemotzin le dijo: “Valiente general, he hecho cuanto me fué posible por la defensa de mi patria;” y poniendo la mano en un puñal que llevaba en la cintura, añadió: “quítame la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino.”

Cortés le dijo que no era prisionero suyo, sino del más grande monarca de Europa, á cuya piedad le recomendaria para la devolucion del trono.

Cuauhtemotzin conoció sin duda la falta de sinceridad de semejantes palabras, y la poca fe que merecia el pérfido amigo de Moctezuma, pues se limitó á suplicar por sus súbditos vencidos ya.

Se dispuso que los mexicanos saliesen de la ciudad sin armas y sin cargas, y tres dias se vieron pasar grupos como de esqueletos, que atravesaban por en medio de las ruinas, y se retiraban á sus pueblos.

La fetidez de los cadáveres era insoportable y peligrosa: por todas partes se veian asquerosos despojos humanos: muchos lugares del suelo presentaban excavaciones de los que habian buscado raíces para alimentarse: muchos árboles no tenian corteza, porque la habian devorado los sitiados, creyendo con eso mitigar el hambre.

Cortés mandó sepultar los cadáveres y que se quemase una inmensa cantidad de leña, que á la vez que purificase la atmósfera solemnizara la victoria.

Luego que cundió la noticia de la toma de la capital, se sometieron casi todos los pueblos á Cortés, con excepcion de algunos que aun dos años despues continuaron haciendo la guerra á los españoles.

Los aliados volvieron satisfechos á sus pueblos, sin comprender los estúpidos que habian trabajado, como dice Clavijero, en la obra de su esclavitud y envilecimiento.

Escaso fué el botín que se repartió entre las tropas, y aun el participio que de él tuvo el rey de España, sea porque los mexicanos arrojasen al lago sus tesoros, ó porque en los diferentes saqueos los aliados habian hecho desaparecer las riquezas.

Consumóse la conquista el 13 de Agosto de 1521, día en que se posesionaron los españoles de la ciudad, 196 años despues de fundada por los aztecas, y 169 años despues de erigida su monarquía, cuyo trono ocuparon sucesivamente once soberanos.

El sitio de México duró 75 días. El número de mexicanos que perecieron en los combates se calcula en más de 100,000, y 50,000 que murieron por la infeccion del aire, las enfermedades y otras causas.

“El rey de México—dice Clavijero, á quien no queremos dejar de copiar aquí literalmente,—á pesar de las magníficas pro-mesas del general español, fué despues de algunos días puesto “ignominiosamente en la tortura, que soportó con invicta constancia, para obligarle á declarar dónde estaban ocultas las in-mensas riquezas de la corte y de los templos, y de allí á tres “años ahorcado por ciertas sospechas, juntamente con los reyes “de Texcoco y Tlacopan.

“Los mexicanos, con todas las naciones que contribuyeron “á su ruina, quedaron, á pesar de las cristianas y humanitarias “disposiciones de los Reyes Católicos, abandonados á la miseria, “á la opresion y al desprecio, no sólo de los españoles, sino “tambien de los más viles esclavos africanos y de sus infames “descendientes, castigando Dios en la miserable posteridad de “aquellos pueblos, la injusticia, la crueldad y la supersticion “de sus antepasados, horrible ejemplo de la justicia divina y de “la inestabilidad de los reinos de la tierra.”

TERCERA PARTE.

LECCION PRIMERA.

Consumacion de la conquista.—Cortés Capitan general.—Época vireinal.—Monarcas españoles.—Recopilacion de Indias.—Provincias.—Divisiones históricas.—Aseo y division de la ciudad.—Cortés en Coyoacan.—Ayuntamiento.—Suplicio de Cuauhtemoc.—Distribucion del botín.—Nombramiento de Garay.—Leonel Cervantes.—Importaciones de Cortés.—Tapia gobernador.—Anulacion de los repartimientos.—Concesion benéfica de la corte.—Llegada de los padres franciscanos en 1524.—Marcha Cortés á Hibueras.—Revueltas y botines.—Regreso de Cortés.—Tormento á Rodrigo de Paz.—Mando de Cortés.—Residencia de Ponce de Leon.—Su muerte.—El Lic. Máreos Aguilar queda con el gobierno civil y deja el militar á Cortés.

Consumóse, como hemos explicado, la conquista de México en 13 de Agosto de 1521. Clavijero compara el sitio de la ciudad al de Jerusalem, tan famoso en la historia por sus espantosos estragos.

El propio autor calcula en cien mil los mexicanos que perecieron en esta lucha tremenda, sin contar con los que destruyó el hambre, la sed y la peste. De 900 españoles que concurrieron al sitio, morirían 100, segun el propio autor á quien hemos mencionado.

Luego que se difundió la noticia de la toma de la ciudad, se